



**PONENCIA INAUGURAL DEL ENCUENTRO
PARA LA FORMACIÓN Y CONVIVENCIA,
«SAL AL ENCUENTRO», DE LOS AGENTES
DE CÁRITAS DE ASTURIAS**

ponencia



**«La más excelente de todas
es la caridad»**

(1 Cor 13, 13b)

Marcelino Garay Burgos

Delegado Diocesano de Acción Caritativa y Social

edita: Cáritas Diocesana de Oviedo

Plaza Alfonso II, el Casto, 3 - 1º

33003 - Oviedo

tel: 985 20 80 89

fax: 985 20 86 63

e-mail: comunicacion@caritas.as

maquetación: *gabinete de comunicación*

depósito legal:

imprime: gráficas Lux - Oviedo

diciembre de 2006

La caridad: un río caudaloso y fecundo

1. Cuando Jesús proclamaba el Reino de Dios solía comenzar las parábolas diciendo: “¿A qué *compararemos el Reino de Dios?*”. Nosotros, igualmente (siguiendo el estilo del Maestro), podemos preguntar: “¿A qué *compararemos la caridad?*”. Esta aproximación a la caridad —desde una comparación o una parábola— puede ser importante para nosotros que somos miembros de Cáritas y que estamos inmersos en esta realidad, con el peligro de que a veces no seamos muy conscientes de lo que es ni de lo que significa y supone. Pero igualmente puede ser útil para aquellos que nos miran desde fuera y que acaso aprueban lo que llevamos a cabo pero no son capaces de ver más allá ni caen en la cuenta de dónde brota nuestra opción y actividad.
2. Por eso vamos a imaginarnos un río que baja con abundante agua y que fecunda los lugares por donde pasa. El agua es limpia y clara, y desciende cantarina y alegre cauce abajo. A veces es mansa y tranquila pero también salva desniveles y entonces se vuelve brava y bulliciosa. Silenciosa en ocasiones —casi un mero susurro— y en otras ruidosa como un trueno cuando se despeña por las rocas. Se remansa en ciertos parajes y adquiere una gran velocidad cuando el descenso se pronuncia... Pero siempre alegre con su paso: renueva, refresca, fecunda, da vida y va haciendo florecer a su paso toda clase de hojas, de flores y de frutos.

Este agua es especial

3. Cuando la gente se acerca a contemplar este agua se admira de su pureza y de su transparencia. Es claro que, en nuestra particular parábola, el agua es la caridad. Y es muy importante que también nosotros no perdamos esa capacidad de asombro para contemplar la condición inigualable de este agua.

De hecho, “caridad” es el nombre propio del amor cristiano. Jesús nos dice que el amor debe de ser nuestro distintivo: “*Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así*

también amaos los unos a los otros. Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos” (Jn 13, 34-35). Jesús nos habla del amor como el mandamiento “nuevo”, por el cual se nos distinguirá a los que queremos ser discípulos suyos. Pero el amor ya existía antes de Jesús; el amor no fue “inventado” por la fe cristiana. ¿Cómo es que nos invita al amor como algo “nuevo”? Porque, efectivamente, el amor que Cristo nos reveló y nos manda es algo rigurosamente inédito y distinto a todo lo visto y experimentado hasta entonces. El amor cristiano —que nosotros hemos visto y experimentado en Jesucristo— es una novedad absoluta en la historia.

4. Cuando la Iglesia comienza su andadura por la historia llevaba en su entraña el amor de Dios manifestado en Jesucristo, y comienza a vivirlo y a proclamarlo al mundo. En la cultura greco-latina, en donde se movían las primeras comunidades cristianas, existían diferentes palabras que designaban la realidad del “amor”. Una era la palabra “eros”. Significaba el amor a la belleza, a lo hermoso, a lo armónico, a lo placentero a los sentidos... Los cristianos consideraron que ese concepto no expresaba toda la profundidad de su experiencia del amor. Otra palabra que circulaba por el mundo como expresión del amor era “filia”, y designaba el afecto a los parientes y familiares, a los amigos, a los que nos caen bien, a los propios, a los de nuestro entorno y círculo. Aunque es un amor legítimo y necesario (sólo tenemos que recordar el cuarto mandamiento), no era suficiente para abarcar la nueva realidad del amor cristiano. Porque el amor que Jesús nos enseñó alcanza incluso al distante, al enemigo, al que no es de los nuestros, al pobre, al que aparentemente no es digno de ser amado ni tiene cualidades ni méritos para atraer el amor: es el amor capaz de amar al que no es amable. Este amor no tiene parangón en la historia, es realmente “nuevo”, y nosotros no lo hemos inventado: lo hemos aprendido de Nuestro Señor Jesucristo, que nos amó de esta manera y nos mandó amar así. De tal modo que la Iglesia tuvo que echar mano de una palabra entonces muy poco utilizada para referirse a esta nueva categoría de amor nunca vista: “agapé”, en griego, por cierto vinculada desde el principio al sacramento de la Eucaristía, que pasó al latín como “caritas” y al castellano como “caridad”.

5. Este amor es ciertamente “nuevo”, como acabamos de ver. Aunque es, a la vez, un mandamiento “antiguo”, porque también en la Antigua Alianza existía el mandato de “amar al prójimo como a uno mismo”. San Juan en su primera carta (2, 7-8) da cuenta de esta doble dimensión de nuevo y de antiguo. El mandamiento de la caridad —del amor— de la Nueva Alianza —de Jesucristo— es “nuevo” porque, recogiendo la intuición del “antiguo” (“*amarás al prójimo como a ti mismo*”) lo desborda con el mandamiento de amar tal y como Él nos ha amado (“*amaos unos a otros como yo os he amado*”): en el “como” reside la absoluta novedad del amor cristiano. Y la verdad es que es mucho mejor así. El amar al otro como cada uno se ama a sí mismo, con frecuencia es poner al prójimo en peligro de ser poco o mal amado (porque, por desgracia, nos amamos poco y mal a nosotros mismos); pero el amar al otro “como Cristo nos amó” sí garantiza la calidad de nuestro amor. Este amor no ha sido inventado por nosotros ni brota de nuestras capacidades: “*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados [...]. Nosotros amamos porque él nos amó primero*” (1 Jn 4, 10.19).
6. Por eso no es extraño que nos admiremos de la calidad de este agua: de su pureza, transparencia y fecundidad. Y de que el mundo también se admire. El amor del que somos testigos es éste y no otro. Y nosotros, como miembros de Cáritas, debemos saber qué clase de amor estamos llamados a ejercer. No vale que practiquemos cualquier clase de amor (hay muchos tipos de amor en nuestro mundo) sino el que nos mostró Jesucristo. E igualmente es este amor el que tenemos que procurar vivir y poner por obra en todas nuestras actividades de cada día, incluido en el Equipo de Cáritas.

Este agua, ¿de dónde procede?

7. Mucha gente (acaso también nosotros) contempla este agua, se maravilla de ella y no se preocupa de preguntarse de dónde viene ni cómo puede beber siempre de ella. Una de las tareas del Equipo de

Cáritas es apuntar —con delicadeza pero con convicción— a la Fuente de donde brota ese agua. Debemos de confesar que ese amor que corre en nosotros y que intentamos hacer circular por nuestro mundo nosotros lo hemos aprendido de Jesucristo. Sin Él no sabríamos cómo es ese amor ni cómo amar así. Más aún: vamos descubriéndolo poco a poco y llevándolo a la práctica en medio de nuestras debilidades y pecados. Pero sabemos de dónde brota y Quién es la Fuente. “*Si alguien tiene sed, que venga a Mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquel que crea en Mí brotarán ríos de agua viva*” (Jn 7, 37b-38). Importa mucho saber la Fuente porque entonces podemos ir a ella y beber. Y también porque sabemos qué tenemos que hacer para que no se nos agote nuestra capacidad de amar y de practicar ese amor.

8. ¿Y cuál es la manera de beber, de alimentarse de esa Fuente? Aquí no podemos por menos de decir lo que siempre ha dicho y practicado la Iglesia. ¿Dónde han encontrado su sustento, su consuelo, su fuerza los santos, los hombres y las mujeres que han vivido de esta caridad, los profetas, los justos...? En la comunión íntima con Jesucristo por la oración y los sacramentos. No hay otra manera. Un voluntario de Cáritas que no ore, que no se relacione asiduamente con su Señor Jesucristo, que no se esfuerce por aprender de Él en la escucha de su Palabra, que no se “conecte” con Él en los sacramentos —especialmente en la Eucaristía y en la Penitencia— acabará no entendiendo nada y convirtiéndose en un “activista” de la caridad, en un “empleado” de una empresa de beneficencia social. Los sacramentos, de manera extraordinaria la Eucaristía, nos “enchufan” a Jesucristo, nos vinculan a la Fuente y nos hacen ir con-formándonos a Él, interiorizando su amor y viviéndolo cada día más y mejor. Y, consiguientemente, sólo desde ahí podremos ser testigos de ese amor.

El agua está bien, pero... ¿y el cauce?

9. Con seguridad que el cauce (que limita el alcance del agua, que la encajona, que la orienta) nos cae menos simpático que el agua. El cauce simbolizaría, en nuestra comparación, como la parte institucional, la dimensión externa y visible de la Iglesia, llamada a hacer presente y actuante ese amor —ese agua— en cada momento histórico. Quisiéramos —algunos quisieran— que solamente existiera el agua. En el fondo es un espiritualismo que desdeña la encarnación y las mediaciones humanas que Dios ha querido para llevar a cabo su plan de salvación. El mismo Jesucristo —en cuanto hombre, visible e histórico en su vida mortal— es el gran sacramento de Dios, el gran y definitivo signo de la presencia de Dios. Lo mismo la Iglesia, en Él fundada, y cada uno de los cristianos somos signos y sacramentos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús y derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

10. De manera que la caridad tiene una dimensión comunitaria e institucional; es decir, visible, social y pública. Debemos caer en la cuenta de que la práctica de la caridad no es solamente un mandamiento para cada uno de los cristianos, considerados individual y particularmente (eso también) sino un deber de la comunidad cristiana en su conjunto, como tal comunidad cristiana. Así como debe existir la oración privada de cada cristiano pero también (y sobre todo) la celebración comunitaria de la Eucaristía, igualmente la caridad debe expresarse de forma comunitaria, conjunta, pública y visible ante el mundo como actividad propia de la Iglesia. Como testimonio y prueba de que el amor de Jesús sigue estando presente y actuante en nuestro tiempo. El amor de Cristo no se ha extinguido: continúa avanzando en la historia y se hace actual y operativo y visible, por lo tanto, en la vida y en las obras de la comunidad cristiana (de cada comunidad cristiana) como tal.

11. Esto es de una importancia capital para Cáritas. Si cada Diócesis o Iglesia Local, si cada Parroquia no dispone de un cauce para expresar “comunitariamente” el amor, le falta algo esencial y deja de ser la Iglesia

de Jesús. Una comunidad cristiana que no haga pública y visible la caridad (con toda la modestia y las limitaciones que se quiera) es como si no celebrara la Eucaristía el domingo. En ambos casos falta el “agapé”: el amor fraterno. Y si falta el amor fraterno... ¿qué es la Iglesia? Por lo tanto, el tener un Equipo de Cáritas constituido como tal no es algo optativo en cada comunidad cristiana, es algo que brota de su misma esencia y de lo que depende su propia identidad. Porque no se trata de que el cura o algún seglar atienda “particularmente” los casos de necesidad, sino de que sea la comunidad cristiana la que actúe de “sujeto” de esa acción (y, repito, con toda la pobreza y las carencias que se quieran poner). Si esto no fuera en absoluto posible, acaso tendríamos que concluir que no existe “sujeto” eclesial. Por eso, nuestra Diócesis ha establecido las UPAP, para dar mayor entidad a las pequeñas Parroquias que no cuentan ya con los suficientes mimbres para llevar adelante una vida eclesial mínima. Desde las UPAP sí tendría que ser posible este ejercicio comunitario de la caridad.

12. Después de esto se comprenderá fácilmente cuál es la principal tarea de un Equipo de Cáritas en una Parroquia o en una UPAP: sensibilizar y concienciar a la comunidad cristiana —y a la sociedad en general— de que sin caridad no es nada, de que sin solicitud por los pobres no es la Iglesia de Jesús. Los cristianos y las cristianas que “están” en Cáritas deben de ser la conciencia crítica de la comunidad, los que despierten y animen a sus hermanos para que no olviden esta dimensión fundamental de la fe cristiana. Por eso, deben de informar y tener al tanto a la Parroquia de las necesidades que existen, de los desafíos que se presentan, de los esfuerzos que se llevan a cabo y de las ayudas que se precisan. Para que exista un Equipo de Cáritas no basta que existan pobres y un grupo de personas piadosas y generosas dispuestas a ayudarles. Eso no es Cáritas. Eso puede ser otra cosa: un grupo de beneficencia, una cofradía con fines caritativos, una asociación con objetivos sociales... Todo muy loable y necesario. Pero no es Cáritas. Cáritas existe cuando brota de la comunidad cristiana y está ligada a ella por la información y la sensibilización continua. Cuando sus miembros actúan en nombre de la Parroquia y ésta está al tanto de sus actividades. Atención, por lo tanto: puede suceder que un grupo de Cáritas esté

compuesto por personas de la Parroquia pero actúe un poco por libre, el párroco no se haga muy presente y lleven a cabo sus proyectos de manera un tanto autónoma, sin informar ni estar “enganchados” en la comunidad. ¡Atención!

13. Por lo tanto, sensibilizar, despertar, animar, recordar, informar a la comunidad... Esto es lo más importante para un Equipo de Cáritas en una Parroquia o UPAP. Porque hay ocasiones que las situaciones de pobreza nose ven fácilmente. Es muy frecuente —cada vez más en nuestro mundo y cultura del bienestar— oír: “es que aquí no hay pobres”. Sí que aún existen muchas situaciones de pobreza material (y ahí está Cáritas en nuestra Iglesia en Asturias para certificarlo, con sus Programas y Proyectos), pero es posible que, en enclaves particulares, no se detecten carencias materiales. ¿No hay pobres? ¿Es que solamente existe la pobreza material? ¿Y la falta de oportunidades? ¿Y la falta de afecto? ¿Y la soledad? ¿Y las esclavitudes por las diversas adicciones? ¿Y los problemas que se derivan de la desestructuración social? Y todo ello es competencia de Cáritas, en cuanto todo ello sea causa o genere exclusión social. Por lo tanto, el Equipo de Cáritas debe formar y educar a la comunidad cristiana para “ver” esas nuevas pobreza. Para ello, los miembros de Cáritas deben de ser los primeros en formarse y habituarse a analizar y reflexionar sobre la sociedad en que nos toca vivir. Y en todo caso... si no hay ningún tipo de pobreza (que ya es raro), ¿a qué nos suena la Comunicación Cristiana de Bienes? ¿Es que estamos solos en la Iglesia y en el mundo? Si no hay situaciones de pobreza en nuestro entorno más inmediato sí existen en todos los demás. Ahí también entra Cáritas, porque el amor es universal.

Y este agua, ¿qué propiedades tiene y cómo actúa?

14. Con este agua de la caridad, la comunidad cristiana procura responder a las necesidades de pobreza y a las situaciones de marginación y exclusión de sus hermanos indigentes. Con frecuencia los miembros de los equipos de Cáritas se sienten desbordados por la cantidad y la

variedad de personas y casos que deben afrontar. Y suele brotar el desánimo y la impotencia: “no podemos hacer casi nada”, “no disponemos de recursos”, “al final, los problemas continúan siempre y no podemos resolverlos”, etc. También aquí es preciso tener claro cómo actúa y cómo está llamada a responder este agua llamada caridad.

15. En primer lugar, el Equipo de Cáritas no está llamado fundamentalmente a resolver problemas sino a atender a las personas. Es verdad que, dentro de sus posibilidades, debe afrontar las situaciones de necesidad concretas e intentar buscarles alguna salida; y, muchas veces, lo hace (incluso con medios escasos). Pero lo principal es acoger a las personas: atenderlas, escucharlas, hacer que se sientan reconocidas en su dignidad, que son importantes y que se las recibe con respeto, comprensión y delicadeza. No hay nada más esencial que esto, porque valorar y promocionar la dignidad de cada persona es lo más propio de la caridad, y eso es lo primero que tenemos que hacer. Puede parecer muy banal y obvio (pues no lo es tanto), a la vez que muy simple (pues es más difícil y menos frecuente de lo que parece) y que, al final, no resuelve nada. Sin embargo, sí resuelve, sí tiene un enorme valor, y basta con preguntar a las mismas personas que acogemos: cómo valoran y agradecen el modo de tratarlas como tales personas (porque, acaso, no están acostumbradas, desgraciadamente, a ese trato). Por eso, el Equipo de Cáritas no ha de caer en la trampa de ser “eficaces” en el aspecto de solucionar problemas ni que toda su preocupación sea “recaudar” dinero para disponer de recursos (aunque habrá que proveer este aspecto, porque también supone, ciertamente, un indicador importante de la implicación de la comunidad cristiana hacia los pobres; pero sin magnificarlo ni convertirlo en nuestro principal objetivo).
16. Y hablando del dinero y de la dignidad de los pobres, habrá que advertir que la caridad cristiana es en esto —como en todo— muy exigente. Y es exigente porque el bien hay que hacerlo bien, y no vale cualquier manera de hacer el bien. Este agua es tan limpia y

transparente que no se la puede enturbiar con modos que no vayan con su condición. Queremos decir: no vale cualquier modo de recaudar medios para los pobres. A veces podemos sentirnos tentados a pensar que, con tal de reunir dinero o medios materiales, no importa de qué manera los consigamos, porque el fin sería bueno. Pero —recordemos—: para el cristiano el fin no justifica los medios. Ciertamente hay medios que, sin duda, rechazaríamos: dinero proveniente de la droga, de negocios poco recomendables, del contrabando, etc. Pero somos más comprensivos con tómbolas, maratones solidarios, cenas a favor del hambre en el mundo, operaciones kilo. Reflexionemos: ¿cenar para “sacar” dinero y así ayudar a erradicar el hambre? ¿no nos suena un poco incoherente? ¿Operaciones kilo para darles a los pobres exactamente lo que queremos darles sin iniciar con ellos una tarea educativa por medio de la cual sean ellos mismos los que compren lo que desean (como hacemos nosotros)? ¿Maratones y fiestas (muchas veces frívolas y consumistas) para darles a los pobres algo de lo que nos sobra y, a la vez, nos lo pasamos en grande? Es verdad que Cáritas es, en eso, muy exigente, y tiene unos criterios estrictos (avalados, por otra parte, por muchos años de reflexión y práctica en ayudar a los pobres). Pero es que a los pobres hay que ayudarles de una manera apropiada a su dignidad. No se puede dejar de lado que son personas y que nuestra ayuda ha de ser coherente con su condición de personas; no podemos jugar con estas cosas.

17. Hemos de estar especialmente atentos, por lo tanto, a la forma y actitud con las que ayudamos a los pobres, justamente porque son personas y hemos de respetar su dignidad. Son muy fáciles los personalismos (hacer las cosas a mi manera, con mucho “carisma” y entrega, acaso, pero sin trabajar en equipo ni atender a los criterios ni a las opciones de Cáritas) y los paternalismos (ayudando al pobre desde aquel que sabe y que puede hacia el que, de alguna manera, es inferior y tomarlo bajo nuestra guía y protección). No. Ya decía San Juan de la Cruz que “el amor o es entre iguales o hace iguales”. Al pobre hay que ayudarle y servirle de igual a igual, entendiendo nuestro

servicio como un camino que vamos haciendo juntos y teniendo como principio básico el que sea él mismo protagonista de su proceso de educación, liberación e integración personal y social.

18. Este agua de la caridad pide también una acción integral en el ejercicio del amor fraterno que nosotros, como miembros de Cáritas, tenemos que tener muy en cuenta. La acción de Cáritas ha de ser, a la vez, compasiva (con el corazón) e inteligente (con la cabeza). Hay que aproximarse al pobre con sentimientos de con-pasión y respeto, viendo en él un sacramento de Cristo pobre y doliente (como él nos dijo: *“a Mí me lo hicisteis”*), pero también actuando con inteligencia (reflexionando, analizando las causas de las cosas y de las situaciones), no dejándose llevar por sentimentalismos: al pobre, a veces, hay que darle no lo que pide sino lo que necesita (que son cosas distintas). Hay que ir a las causas, a las raíces y ver las maneras más eficaces de intervención en cada caso. De ahí la importancia de la formación para los voluntarios de Cáritas. Por eso una de las tareas imprescindibles de Cáritas es observar la realidad, analizarla y estudiarla con todos los recursos de las ciencias exactas y humanas para poder intervenir con conocimiento y eficacia en las situaciones de pobreza y marginación.
19. Unido a este binomio, hemos de tener en cuenta otro: la acción de Cáritas ha de ser, muchas veces necesariamente, asistencial (atendiendo al caso concreto y procurando darle respuesta) y, a la vez, buscando la reforma de las estructuras, el cambio de las condiciones que producen la pobreza y la exclusión. No basta con atender (la bolsa de comida, el vale) sino ir a las causas y analizar qué mecanismos perversos en nuestro mundo van colocando a mucha gente en los márgenes de la sociedad. Decía Hélder Cámara: “Cuando doy un pan al pobre, dicen que soy un santo; cuando pregunto por qué el pobre no tiene pan, dicen que soy comunista”. No podemos caer en purismos rechazando la asistencia concreta a la persona necesitada que viene a nosotros, pero Cáritas no puede olvidar ni dejar de lado nunca la reforma de las estructuras. No solamente dar el pez, sino facilitar la caña, enseñar a pescar y limpiar el agua contaminada para que pueda haber peces.

20. Cáritas —con su estilo, actividad y práctica del amor (del “agapé”)— anuncia un amor nuevo y un mundo nuevo. Proclama que el amor que nos mostró Jesús y que hemos aprendido de Él sigue vivo en la historia: lo hace presente en el pueblo, en el barrio, en la plaza pública, en la familia, en las relaciones humanas... Pero a esta misión de “anunciar” debe de unir, inevitablemente, la de “denunciar”. Denunciar las omisiones, los olvidos, las injusticias contra los pobres, los derroches, las incoherencias, las frivolidades que ofenden a los excluidos y marginados. Esto es algo que Cáritas nunca debe dejar de hacer, so pena de perder su identidad y ser infiel a su misión. El Equipo de Cáritas ha de estar, por lo tanto, atento a exigir, reclamar, recordar a las diferentes administraciones públicas (locales, autonómicas, estatales) que tienen un deber para con los más necesitados. Debe de ser la voz de los que no tienen voz, su defensora, la que lleve a cabo la denuncia profética de emplazar a los poderes de este mundo ante su gravísima responsabilidad de atender a los ciudadanos, especialmente a los más desprotegidos y desvalidos.

Debe recordar que los graves problemas del mundo (hambre, enfermedades, desplazamientos masivos, deficiencias en la sanidad, falta de educación y de cultura, etc.) no es cierto que sean situaciones fatales e inevitables: tienen solución. Y evidentemente una solución que pasa por una voluntad política —por parte del concierto de las naciones— de querer resolverlos. Si se quisiera se podría. Existen los medios humanos, materiales, económicos y técnicos para hacerlo. Si no se hace es porque no existe voluntad política internacional para hacerlo. Mientras no se llegue a esta decisión, lo demás serán parches siempre insuficientes (aunque completamente necesarios, por otra parte, para ayudar a muchas personas y comunidades). Esto Cáritas ha de tenerlo claro, y ha de proclamarlo y denunciarlo.

21. Cáritas no es una entidad “con” voluntarios sino “de” voluntarios, aunque también son necesarios los trabajadores a tiempo pleno que reciben un salario (profesionales remunerados). Hay cosas que no se pueden hacer sin técnicos con dedicación completa (y el obrero, como dice el Evangelio —Mt 10, 10b—, merece su sustento). Los asalariados

son necesarios cuando un proyecto alcanza un grado de desarrollo que los exige. Pero un proyecto, una actividad de Cáritas sin un número suficiente de voluntarios no tiene razón de ser. Éste es otro de los binomios que componen el análisis de este agua tan especial. Cáritas no es una empresa de beneficencia sin ánimo de lucro, sino la expresión del amor de Cristo hacia los más pobres por parte de la comunidad cristiana.

22. Por otra parte, Cáritas no es una institución de suplencia social. No está llamada a abarcar toda la actividad social a favor de los pobres. En primer lugar porque no puede y después porque no es su misión. Su campo propio, aquel que debe fecundar con su agua, es ocuparse de los últimos y olvidados, de los más desatendidos: de los que nadie se ocupa y van quedando en los márgenes de la sociedad. Cáritas no es una multinacional de la caridad. Junto con eso, sí debe de colaborar con las instituciones públicas y sociales en la lucha contra la pobreza y la marginación, pero conservando siempre su libertad. Libertad en la aplicación de sus criterios de intervención en material social (emanados del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia), libertad en no depender excesivamente de las subvenciones públicas ni entrar al trapo de solucionar sin más a las Administraciones lo que ellas están obligadas a afrontar. Cáritas no es una institución caritativa con fines sociales, que dispone de muchos voluntarios y que actúa como una empresa barata para que las Administraciones puedan ahorrar lo que tienen que invertir a favor de los necesitados. Cáritas no puede entrar a ese juego. Ella va más allá (para hacer salir a los pobres del círculo de la exclusión) y más a los últimos (a los que nadie atiende). Así que tendrá que tener mucho cuidado de pretender obtener, sin más, subvenciones y firmar convenios para disponer de recursos económicos: ése no es su objetivo ni su función. Por eso Cáritas se mantiene y funciona sobre todo con fondos propios (limosnas y colectas de los fieles cristianos, además de donativos y colaboraciones de otras personas) más que con fondos públicos (la relación está entre un 70% de fondos propios y un 30% de fondos públicos, aproximadamente). Esto da a Cáritas la necesaria libertad para sus actuaciones e intervenciones en la realidad social a favor de los más pobres.

23. Hay otro binomio, finalmente, en el que debemos detenernos y que, a nivel de coherencia personal, es el básico: buscar la unidad entre nuestra vida personal como cristianos y nuestra acción solidaria como miembros de Cáritas. En esto (como en el resto de la vida cristiana) no debemos separar la vida personal del compromiso (o, como se suele decir, la vida privada y pública). No cabe que una persona sea generosa con los pobres y su vida marche por caminos de dispendios, derroche y consumismo; caeríamos en el tópico de aquellas señoras elegantes y distinguidas que, con abrigo de visón, iban a repartir dinero y alimentos a los barrios pobres: así hacían “caridad”. El ejercicio del amor cristiano pide una vida conforme con el Evangelio: vida austera, sobriedad en el vivir y compartir no sólo de aquello que me sobra sino aun de lo necesario.

Y ese agua, ¿a dónde desemboca?

24. El agua de la caridad desemboca en el ancho mar del amor de Dios. Pero desemboca, digámoslo así, en forma de un delta; es decir, en forma de muchos brazos distintos que provienen de muchas partes. Esto también tiene su importancia. El Espíritu Santo promueve y suscita muchas iniciativas de amor hacia los pobres, sopla donde quiere y cuando quiere (cf Jn 3, 8): ni se reduce dentro de los límites de la Iglesia ni Cáritas agota todo el ejercicio de la caridad de los cristianos y de las comunidades cristianas. Cáritas es el cauce propio y oficial de la Iglesia Local (Diócesis) para expresar el amor de Dios a los pobres y llevar a cabo la opción preferencial por ellos. De ahí que sea indispensable llevar a cabo esta misión en la unidad de la Iglesia y no cada uno por su parte. Cada Equipo de Cáritas de cada Parroquia ha de sentirse vinculado y perteneciente a la Cáritas Diocesana: ambas son las realidades fundamentales en donde se sustenta el ejercicio de la caridad. Una Cáritas parroquial aislada y desligada de la Diócesis no está expresando la dimensión eclesial y diocesana que ha de tener la caridad de la Iglesia. Habrá que cuidar, por lo tanto, la unidad en la pluralidad y la pluralidad en la unidad. Como el río con muchos afluentes, pero todos pertenecientes al mismo río; como el delta con

muchos brazos, pero todos desembocando en el mismo mar. De lo contrario, un afluente o un brazo de este río que se desgajase del cauce general y se apartase de la corriente del gran río de la caridad se convertiría en agua estancada, se acabaría pudriendo y siendo inútil para beber de ella. A veces, cuando nos entran las tentaciones de convertirnos en autónomos e independientes del resto de las comunidades cristianas, de la Diócesis y de la Iglesia Universal, convendríamos que pensáramos hacia dónde nos lleva esta actitud. Recordemos que somos católicos, es decir, universales: cada uno trabajando en su parcela (regando y fecundando nuestro terreno) pero siempre abiertos, colaborando y unidos al gran río de la caridad cristiana.

25. Y, ya al final de esta reflexión en forma de parábola, tendremos que preguntarnos: pero ¿qué es, en definitiva, la caridad? ¿en qué consiste practicar la caridad? Hay muchas personas —incluso voluntarios de Cáritas— que piensan que Cáritas está llamada a atender las deficiencias injusticias de la sociedad y a los pobres que ésta genera. Y que ahí concluye su función. No entienden bien qué tipo de agua tienen en las manos (qué tipo de caridad practican). Porque —imaginemos— si algún día los hombres organizáramos la sociedad y el mundo de manera que fueran suprimidas las desigualdades y las injusticias, que cada uno tuviese lo necesario para vivir en dignidad y libertad, la misión de la caridad habría concluido. Bueno... es mucho imaginar: que en el mundo no hubiera pobres ni indigentes, que a nadie le faltara un techo, ni vestido, ni asistencia sanitaria, ni siquiera educación... Pero hagamos esta hipótesis: ¿qué pasaría con la caridad? La respuesta de la mayoría sería: “pues ya no haría falta”. No habría pobres a los que atender ni situaciones adversas en las que intervenir. Sin embargo, la caridad cristiana busca la plenitud del hombre y esa plenitud no está únicamente en paliar las carencias sino en dar abundancia de vida, en último término la Vida verdadera. La caridad no es únicamente terapéutica sino plenificadora del hombre. Y la suprema plenitud del hombre es Dios, Él es el Amor, la Caridad. Por eso, dice Juan Pablo II que la suprema caridad es el anuncio del Evangelio. No podemos dejar a los hombres sin la mayor manifestación de la caridad: la esperanza y

la salvación que vienen de Jesucristo. Sin Él el hombre queda cercenado, frustrado. Esto lo saben bien los misioneros cuando se encuentran en situaciones de pobreza dramáticas: lo primero que han de hacer —es claro— consiste en atender las necesidades materiales de aquella gente, pero sin separar esta caridad “material” de la caridad “espiritual” que supone liberarlos de sus ataduras, darles esperanza, anunciarles la salvación y la vida que vienen por Jesucristo. No podemos guardarnos el Evangelio; ciertamente proponiéndolo no imponiéndolo, pero sabiendo que no se lo podemos sustraer. Ellos mismos lo dicen: lo mucho que les ayuda el anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la experiencia de la oración. Aquí, en nuestro mundo, tenemos el peligro de concebir el objetivo de la vida como alcanzar el “estado del bienestar” y entender la caridad de manera unilateralmente “material”: con que les demos de comer y de beber, les vistamos, incluso les eduquemos, basta. ¿Y las razones para vivir? ¿Y las fuerzas para luchar y trabajar? ¿Y la esperanza para el camino? ¿De dónde sale todo eso cuando no hay sentido trascendente, cuando no hay horizonte, cuando falta Dios? El hombre sin Dios se desvanece, se pierde y no alcanza la vocación para la que ha sido creado.

Así que la caridad no acaba nunca. Eso nos dice San Pablo en la primera carta a los Corintios (cf 13, 8b). Si ni siquiera cesará en el cielo (donde será la única que permanecerá; la fe y la esperanza ya no tendrán allí razón de ser), ¿cómo va a llegar un momento en que sea innecesaria aquí en la tierra? El mar de la caridad, donde desemboca el río del que venimos hablando, es el océano infinito del amor de Dios. Repitémoslo: aunque el mundo estuviera organizado modélicamente y ya no hubiera pobres, la caridad tendría que seguir su camino de dignificar al hombre, de liberarlo de sus ataduras, de darle esperanza, de hacerle crecer en la libertad y en la fraternidad... En definitiva: de darle a conocer el amor inmenso de Dios manifestado en Jesucristo y actuado por el Espíritu Santo. De anunciarle la salvación y la vida, el destino de comunión y plenitud en Dios —más allá de las fronteras de esta existencia— para el que ha sido creado.

De todas formas, es muy improbable que lleguen a desaparecer todo tipo de carencia, injusticia y desigualdad, mientras este mundo sea este mundo (y no el cielo y la tierra nuevos de que nos habla la Escritura), amado y salvado por Dios pero aún sometido a la esclavitud del pecado. Por algo nos dijo Jesús: “A los *pobres siempre los tendréis con vosotros*” (Jn 12, 8a).



Seminario Metropolitano de Oviedo
Sábado, 25 de noviembre de 2006

Sal al encuentro

2025



Cáritas

Diocesana de
Oviedo